

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.

**UNA BODA EN GARRASCALEJO.** (Estremadura)

Después que un mozo ha hablado con su novia por espacio de algun tiempo y manifestádola su amor, ya en coloquios nocturnos á la ventana del aposento donde aquella duerme, ya junto á las márgenes del arroyo solitario donde acude un día cada semana á lavar la ropa; después que el amartelado Zagalón ha burlado con su enorme *fabriquero* (1) la maligna intencion del lobo que

(1) Palo grueso de encina ó roble, redondo hasta la mitad y de allí abajo prismático.

invadiera el prado adonde las pláticas y los requiebros cariñosos tuvieron eco en las altas horas de la noche; después que, malaventurado tal vez en su preciosa conquista, ha tenido que decir *hazle allá* á uno y otro importuno que, con la ley en las manos y la envidia en el corazon, tomaran por asalto el foco de sus citas, ó se le disputaran con amenazas *practicables*; cuando la flechada moza ha roto las trabas de su timidez, y con embozada resolucion, ha confirmado las sospe-

chas de sus padres, protestándoles que efectivamente habla con *Frasquillo*, y que está pronta á ser su mujer como lo manda la santa Madre Iglesia; y obtenido por último el consentimiento paterno á que tantos susos y veladas dieran precio, entra al fin el galán por la puerta en casa de su *novia*, y ocultando la perturbación de su vista, y la alegría que de su pecho le rebosa al rostro bajolas alas horizontales de su *chambergo* cuya sombra se hermana e identifica con el aceitunado color de sus mejillas, dá las *buenas noches* precedidas del *Ave Maria purísima*, y se sienta en la *sillita* que más á mano le viene con la augurina colgada en el hombro recogida bruscamente por debajo del brazo izquierdo, y doblada la parte inferior, para que le sirva de mullido canapé y no barra el suelo.

Hele aquí á nuestro afortunado Adonis, buscando secretamente en su magin ideas con que dar á conocer que no tiene pelo de tonto, y que los fines del matrimonio que solicita, son el servicio de Dios y el aumento de su rebaño. Escasea sus palabras y las emite como destiladas por alambique. Generalmente pregunta lo primero á su futuro *Señor* si fuma, acompañando la interpelación con un corpulento cigarro envuelto en papel escrito, el cual vuelve á meter en el bolsico de la chaqueta, si aquel le rehúsa, absteniéndose de encender el suyo por no consurar con el ejemplo el comeditamiento de su terrible juez, asegurándole que si fuma alguna vez, lo hace despues de *merendar*, ó cuando se juntan un par de amigos á pasar el rato en *tertulia*.

Luego departen sobre las labores que respectivamente les ocupan, designando el sitio donde rozan, aran, siembran, siegan ó trillan; concluida la entrevista, que dura solo *una cosa regular*, levántase de pronto protestando que es tarde (aunque sean las ocho de la noche) y tiene que madrugar á la mañana. La benemérita se dispone para acompañarle y cerrar la puerta, á cuyos umbrales le notifica en voz baja si se vá pronto ó tarde á recoger, y quedan citados para continuar sus confidencias, ante la tosca Cruz de palo que debidamente defiende la consabida ventana. Aquella noche se prolonga el rato hasta que canten los gallos: pues como el velo del misterio se halla completamente descorrido, nada les importa que Juan Parla les alísbe, cuando vá á sacar las reses que pastan y duermen en el cercado, que *Frasquillo* invade, ni que la luz del alba les denuncie á los madrugadores del lugar. No todas las noches disfrutan estos sabrosos desahogos. Solamente estan obligados á acudir á casa y á la reja los miércoles, los sábados y los domingos. Este día averigua el amante á que arroyo vá á lavar el lunes su adorado tormento para acudir allá con el generoso fin de recoger leña, para *alízar el caldero de la leña*, divertir las horas de descanso con agudezas y chistes, y aliviar á su amada la carga pesada del voluminoso cesto, que conducen entre ambos hasta las eras del pueblo, ó sitio en que cese la soledad y el retiro del campo.

Una vez entablado este sistema ó plan de conducta, prosigue inalterable, cruzándose mientras tanto los regalos indefectibles de la navaja de á dos reales con que el galán da la primera lección de liberalidad y de amor; la sortija del mismo precio que vá detrás; el par de ligas con mote y cordón de seda; las cere-

zas y confitura, *enramada* del día de S. Juan, y la bolsa de percal, el ramo de flores de holandilla, ó el pañuelo francés, con que, por la exorbitante cantidad de seis reales vé la dama á su querido los días de fiesta, adornado con elegancia, y dueño de una prenda que atestigüa á la vista del público su correspondencia y su cordial afición.

Llega el momento decisivo en que se concierta y aplaza el matrimonio, junto á la reja de las sesiones. Elevado la novia á conocimiento de sus padres, y obtenida su aprobación, quedan dispuestos á recibir la primera visita de los del novio, los cuales no tardan en presentarse y convenir en los 18 ó 20 duros que para tal ó cual tiempo podrá darse á la presunta; con cual ó cual tiempo podrá darse de la ropa necesaria para si ó para la casa que vá á gobernar. Si no ha de carecer de los objetos preferentes, necesita una tarima con cuatro ó seis palos de roble, una jerga que contenga por lo menos una carga de paja de centeno; un colchon de media arroba de lana, dos sábanas de estopa, cuatro almohadas con cinta de color, un *redor* ó guarnición alta adornada de lazos, un paño de manos pañado de cintas, flores, escapularios, pañuelos y reglas de S. Benito; cuatro ó seis sillas, una *sorra de corcho* para la sal y el pimientó, sartén con su cuchara *Gerreña*, candel, tenazas, alcuza, mortero de palo, mesa de corazón de encina, tres cántaros de barro encarnado, docena y media de platos de las fábricas del puente del Arzobispo etc. etc.

Dispuestos y preparados todos estos utensilios entran las disposiciones inmediatas de la boda. Quelgan los respetuosos padres de sus hombros la capa rasera de paño pardo y gubilla corta, y se dirigen con gravedad y serio talante á casa del cura párroco á hora de noche. Descifrado en pocos términos el objeto de su misión, conviene el buen cura en publicar á los muchachos al tiempo del ofertorio en la misa mayor de los tres días de fiesta mas inmediatos. Procédese con efecto á ello, si no aparece obstáculo que lo detenga; y aquel día todas las atenciones se dirigen á los que *ha echado el sacristan por la tribuna abajo*. La novia por su parte recibe las enhorabuenas de todas las mozas del pueblo; el novio las de sus compañeros, correspondiendo con un vaso de vino y una cucharada de garbanzos tostados con ceniza y sal, á que dan el nombre de *Toslonas*. Aquella tarde se forma el baile á la puerta de la novia, y al toque de las oraciones, reuniéndose con sus amigos y con las jóvenes de mas inmediato parentesco, y arropada por los hombros con guardapiés de frisa verde, dá principio al *convite de las mozas*, usando de la fórmula eterna é invariablemente repetida: *Venga á convidar á la moza, que haga el favor de irme á acompañar y á comer lo que haya, que, cuando sea, se goberará á avisar*.

El novio á su vez con la augurina terciada, y bajo las mismas espresiones y cortejo, vá invitando á celebrar su fiesta conyugal á todos los jóvenes uno por uno; y los padres de los mismos contrayentes, embalzados en sus toreras, como si fuesen á presidir algún acto de justicia, toman á su cargo el poner en conocimiento de sus contemporáneos el proyectado enlace, exigiéndoles con iguales términos la misma atención que van reclamando los protagonistas de aquel.

Cuando se ha evacuado esta importante é indispensable obligación, nacida de la costumbre inmemorable

rial que recibieron y transmitieron íntegra los que inauguraron el libro de partidas matrimoniales del archivo de la parroquia, iniciado inmediatamente después del Concilio de Trento, ya se hallan designados y condecorados con el título de *ajamayas* los dos parientes más cercanos ó mas íntimos amigos del novio, y con el de *ajamayas* las que lo sean de la novia, contando también con el padrino y la madrina que el interesado de espontánea voluntad haya querido elegir.

Los preparativos del banquete empiezan la víspera por el amasado del pan, bollos y rosas. Estos y aquellas se hacen siempre de harina floreada dándoles la forma y tamaño con que en tiempos remotos aparecieron en semejantes circunstancias. El anís no escasea en ellos, y los repulgos y pajaritas campean siempre alrededor con profusión y simetría.

Está al cuidado de la novia y de las *ajamayas* el aseo y limpieza de la casa la víspera de la celebración del contrato. Desde por la mañana comienzan á adornar la cama de cintas, rosas, almohaditas y sábanas tan blancas como ásperas, que es bastante decir; estiendo sobre la pared de la cabecera el paño de manos de que llevamos hecha mención; revocan con tierra blanca los cimientos del humilde tugurio y doran su pavimento con la hojiga de huy desleída en agua limpia. No descansa tampoco el novio en las fustiones de su dichoso porvenir. Degüella un par de cabras, para que sirvan de sabrosa ofrenda en la mesa nupcial, sometiendo á la posible variedad de salsas sus apetitosas carnes, formando la delantera y prez, ricas morcillas rellenas de cebolla, carne grasosa y sangre de víctima. Las mugeres celesas por el brillo y lucimiento del sarao, mondan cuidadosamente el arroz, que se ha de confeccionar con la leche y con la miel de Malgariza para que siga al último plato de viandas en la comida del día del asuntor; y por último preparativo se adova y sazona en anchas y corpulentas *purras* el sustancioso *cachifrito*, regalo esclusivo de los estremños y *caldereta* hajada del Sol para salud y nutrimento de agrícolas y pastores.

Declina ya el astro del día, cuando los novios se hallan en traje y disposición de inculcar por segunda vez el convite á los mozos y mozas del lugar. Apréstase la comitiva; y casa por casa, y familia por familia y sexo por sexo, reciben su respectiva invitación, mediante estas invariables expresiones: *Vengo á convidar á la moza (ó mozo), á que haga el favor de irme á acompañar, y á tomar lo que haiga, que mañana estamos en que será.*

Concluida esta operación regresan á la casa de los padres de la novia, donde reunidos en plena sesión las mozas y mozos del pueblo, rompen el baile á son de panderetas y almirez, que dura hasta que el cuerpo no pide mas ejercicio. Entonces los mozos de voz y chispa van desfilando de dos en dos con panderetas en las manos, y se dirigen á la puerta de la Iglesia á echar la ronda á la Virgen del Rosario, compatrona de la aldea. Toman generalmente el primer papel aquellos que de mas pulmon ó retentiva les dolara el cielo, para hacerse oír de los sordos ó recordar mas número de *copletas*. Estas se cantan de una manera monótona (para que no fatigue el oído), alternando en sus versos por lo menos dos, uno que empieza y otro que concluye el cantar. Indispensablemente han de versar sus letras sobre objetos del culto cristiano, sobre la

pasión de Jesucristo ó sobre la hermosura de la Virgen. Salídanla primero con cariñosas *llegadas*; la ensalzan después como su rímen les sujere; dedicanla mudando de sonsonete uno de los siete romances y se despiden, cuando ninguna pareja pretende ya cantar, rezando de rodillas el rosario con un padre nuestro y un ave María, por el que falte de los presentes. Empero todo esto precedido de alguna copla de las mas espresivas y correctas, que suele ser con poca escepcion la que es sigue:

La Virgen de Peña-Escrita
Tiene la ermita en un alto;
Gloria al Padre, Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo.

Muy satisfecho y esponjado el coro de los devotos trovadores, vuelven á casa de la novia, donde los únicos músicos ó mas aficionados al baile se quedarán rezagados, entre la florida reunion de la femenina comparsa, allí junta y convocada. Suspenden la danza. Los *ajamayas*, en uso de sus facultades y derechos, salen al corral y obligan con porfiadas jestionés á que entren al estrado las jóvenes *no casadas* que hubieren concurrido deseosas de oír, ó *soma traspon* el nuevo y siempre antiguo concierto de la ronda. Cierran de repente la puerta de casa, y quedan los mozos por fuera agrupados á ella, como la enjambre alrededor de su colmena, haciendo retemblar tristemente entre sus manos la ronca pandereta, y asomando de vez en cuando la *geta* por encima y por las espaciosas *rendijas* de la puerta que, franca y pudorosa en extremo, deja husmear sin trabajo al curioso atisbador cuanto pasa y corre dentro aquel misterioso recinto, en que no descuella mas *chambergo* que el del novio, colocado seriamente entre las faldas de las once mil, sentadas con estudiada compostura en numeroso corro bajo la luz del melancólico candel pendiente del techo. Esta es la parte mas lastimosa. La novia, acompañada de sus *ajamayas*, entra en el cuarto interior; y desde su tenebroso centro oye los trámites que van á separarla del domicilio paterno; la unión con su futuro esposo, y las ceremonias eclesiásticas que la mañana inmediata va á promover en demanda y autorizacion del yugo que desea sobrallevar por toda su vida. Tan tristes recuerdos se espresan por las parejas mas formidas de rondadores, que, reemplazándose sucesivamente cantan *llegadas*, elogios, romances y folias, para despedirse. Allí es oír inspiraciones delicadas, conceptos brillantes y filosóficas observaciones. Una voz por ejemplo, toma acta en el sarao con esta humilde indicacion:

Güena ha de ser mi llegada;
Güena ha de ser, pero güena;
Matita de peregil,
Cogollo de yerba güena.

Otra con esforzado timbre añade las siguientes ó semejantes asonancias:

Mañana á misa mayor
Con la vela en la mano
Pareceras la marquesa
Con el marquesito al lado.

No quedan desairadas tampoco la madrina, *ajamayas*, ni novias de los que allí apostrofan. El que toma por su cuenta favorecer á la primera tiene á mano bien pronto esta redondilla.

Otra copia he de cantar
Que la he sacado á una esquiza;

Y esta coplilla que canto
Vá por la seña padrina.

Las segundas oyen por lo general la siguiente,
que anuncia bien á las claras la cordedad de genio del
cantor:

Otra copla he de cantar,
Que quiero y me dá la gana;
Y esta coplilla que canto
Vá por las dos *ajamayos*.

Ultimamente los amigos verdaderos y reservados
dejan satisfecho el orgullo de las que corresponden á
las caricias de los suyos, con trovas de que podremos
dar idea, transcribiendo por tipo una de las mas tri-
viales y correctas.

Otra copla he de cantar
Que la he sacado de un saco;
Y esta coplilla que canto
Vá por la novia de Calros.

Y cuenta que no es esto solo ni lo mas chusco;
sino que excitada la esquisita susceptibilidad y tier-
nos afectos de la novia con ideas tan lastimeras y paté-
licas, comienza á hacer pucheros, prorrumpe en
hondos sollozos, y desátase por fin en un amargo rau-
dal llorando á moco tendido y sin escuchar las razo-
nes cariñosas con que las *ajamayos* procuran atajar
tamaño compuncion y desconsuelo. Pero llega la hora
en que el gallo hace resonar su penetrante clarín é
interrumpe el murmullo de los estrepitosos galanteos.
Abrese entonces la puerta, y entrando primeramente
en casa los *ajamayos*, toman de una mesa prevenida al
efecto un repulgo de bollo y un vaso de vino, con que
obsequian á cada individuo de la reunion, humede-
ciendo sus enardecidas y resecaídas fauces, y escitando-
los á brindar *para muchos años, con pesetas y salú.*

(Concluirá.)

RAFAEL MONGE.

AMENA LITERATURA.

HISTORIA DE UN SUICIDIO. (1)

Díjese la que bailase en la muerte,
sombra á que descansar en lo camlo,
cuando corras miera á perderte,
y era llorar su único destino.

ESPOCENDA.

Había en esta tierra una muger joven y hermosa, de
alma buena y de corazón nobilísimo. Amaba mucho,
creía mas y procedía mejor, siendo á un tiempo de-
chado de pasiones generosas, de fé profunda y de cari-
dad ferviente.

Como todas las criaturas racionales dotadas de una
esquisita sensibilidad, tenía mucha tristeza en la ima-
ginacion, y bañaba siempre sus pensamientos en la
fuente de melancolía que Dios ha colocado en los
corazones predestinados al martirio del desengaño.

De cuerpo era elegante; de genio dulce; de ánimo
altivo.

(1) La historia de este suceso ocurrido en Sevilla hace poco
tiempo, es verdadera basta en sus mas insignificantes pormeno-
ros.

En ocasiones se coloreaban de repente sus pálidas
mejillas y centellaban sus grandes ojos negros, á tiempo
que sus labios sonreían. Cualquiera hubiera dicho
entonces que, trocados sus oficios, sonreían los ojos y
lloraban los labios; y era que los ojos daban y busca-
ban amor, cuando los labios espresaban el desengaño
con la contraccion del desprecio.



En la primavera de su juventud perdió á sus padres,
y convertida por esta terrible desgracia en cabeza de
familia, sirvió de madre á sus hermanos menores....
Así, condenada á no gozar nunca los santos placeres
de la maternidad, conoció y sufrió desde muy tem-
prano sus graves deberes y sus tremendos sinsabores.
Fue madre para amar y sufrir; no para gozar y ser
querida.

La muger que tiene ardor en la sangre, fuego en la
imaginacion y orgullo en el carácter, renuncie á la feli-
cidad, y créame: mas le valiera no haber nacido... Po-
cos hombres son capaces de conocer y de pagar el amor
de una muger semejante; y no conocido, no pagado, ese
amor se convierte en asesino de la cristura que lo ha
concebido.

Para las mugeres de esta clase hay tambien otro
caso de muerte: aquel en que, conocido y pagado, su
amor es imposible en la tierra, por ser á los ojos del
mundo, ilegítimo... Ilegítimos llama el mundo, á las
veces, los testimonios que dá contra sus juicios y sus
leyes la naturaleza.

Pues cuando una de estas dos cosas sucede; suena
para la muger la hora de su verdadero combate en la
tierra.

Entonces la sangre, la imaginacion y el orgullo se

levantan y combaten contra el cuerpo dentro del cuerpo.

Y la sangre dice: «una fuerza irresistible y desconocida me hace hervir sin cesar en tus venas y llevar los huracanes y las tempestades á tu corazón: «plácame ó peréces.»

Y dicela imaginación: «esa fuerza irresistible y desconocida, también me lleva á mí por la tierra y por el cielo como un coche de vapor sobre carriles de hierro hecho ascua, en busca de un bien que solo yo puedo concebir y que no alcanzo: cede á mi voz, ó el fuego en que me abrasa hará evaporar tu sangre, y reducirá tus huesos á cenizas.»

Pero el orgullo responde: «perezca el cuerpo, y sufra, y desespere el alma, antes que el mundo pueda decir: *yo te desprecio*.... ¿Qué importa la voz de la naturaleza clamando dentro de ti? ¿qué importa el fallo de la razón en favor de la naturaleza? En vano la naturaleza y la razón te justifican ante la conciencia, que es el reflejo de Dios, porque los hombres han querido que tu razón sea muda, tu naturaleza insensible y tu conciencia esclava.»

Ahora bien: el peor estado de la criatura racional no es el de ser despreciada por la culpa cuando la acompaña el remordimiento; porque Dios ha querido que este nos consuele al mismo tiempo que nos castigue. Y nos consuela, porque conserva en nosotros las ideas de la justicia divina, y nos reconcilia con nosotros mismos, haciéndonos reconocer, con cierto noble orgullo, que aun tenemos fuerzas para elevarnos hasta el arrepentimiento. El remordimiento es la lanza de Aquiles con su virtud fabulosa de curar las heridas que hacia.

No: el peor estado de la criatura: su estado de muerte, es el de no poder ser dichosa por la acción que considera permitida según su razón, á tiempo que la ve criminal según el mundo. En esta lucha del orgullo que huye de la vergüenza pública contra el instinto y el pensamiento que tienden á emanciparse de la sociedad, padece el corazón el tormento de Tántalo; mas duro, mas cruel aun, por cuanto no es la fuerza ajena, sino la propia, mal dirigida, la que nos impide gozar del bien á que nos es imposible renunciar. Esa es la lucha de los Titanes contra el cielo: lucha desesperada en la que las armas lanzadas contra los enemigos, se vuelven por sí mismos á herirnos, sin ofenderlos, en lo mas vivo de nuestra llaga. Es el combate imposible y monstruoso de uno contra todos: de la criatura contra el mundo: de la unidad contra el infinito; combatetriste, en que el vencimiento es la muerte, porque es el sacrificio; y en que la victoria es la vergüenza, porque es la felicidad adquirida por medio de la fuerza.... El mundo perdona la felicidad que obtenemos engañándole; no la que conquistamos vendiéndole.... Mata el valor, corona la perfidia.... La hipocresía obtiene el laurel: á la franqueza dá el cadáver.... Triunfa en él la adúltera solapada que lleva los ladrones al hogar paterno; y perece entre el fango la ramera que solo se daña á sí misma, y que tiene al menos el valor de cargar con la responsabilidad de sus propios actos.

Al fin el noble corazón incapaz de fingimiento, y demasiado débil ó demasiado fuerte para sobrellevar un tormento perpetuo, entra en cuentas consigo mismo, y suma los sufrimientos añadiendo á cada día del año

todas las horas del día y todos los minutos de cada hora.... El total es el suicidio.

«Hace bien? Hace mal?... Compadezcamos, no condenemos. De la aritmética del corazón solo Dios conoce, solo Dios juzgue.... Ningun corazón puede medir la fuerza ni la debilidad de otro corazón.... Nadie tiene la medida de su propia corazón, mucho menos del ajeno.»

Pues sucedió que esta mujer tuvo del amor las espigas, no las flores.

Cuando las leyes de la sociedad le permitieron amar, amó y no fué amada. Cuando las leyes de la sociedad quisieron imponer silencio al corazón, el corazón habló; pero habló consigo mismo: habló para el sacrificio, no para la fruición.... Cuando el corazón habla así, es como la madre que concibe y nutre á su hijo para entregarlo despues, crecido y bello, al cuchillo de un verdugo.

Y llegó un día en que al mirar en derredor de sí, se halló sola.... con su pasión sin esperanza. Así se halla algunas veces el que viaja en un desierto: con sed y sin agua.... Y dijo «bebamos la lluvia del cielo, si cae» y la lluvia del cielo no cayó.

La lluvia del cielo es la esperanza.

Entonces la sangre, con el ardor de la sed, se encendió y corrió como fuego por las venas; quemó al corazón, y trastornó la inteligencia.

Y cuando la inteligencia se trastorna, el pensamiento de la muerte es el pensamiento de la felicidad.

Murió.

Yo vi su cadáver arrojado por las aguas del Guadalquivir á una playa inculta.... ¿Qué cadáver?... No se reconocian sus facciones. Los ojos comidos por los peces del río, ya no existian: en su lugar habian quedado dos cavidades profundas llenas de arena salpicada de sangre. La nariz habia desaparecido casi enteramente; y las mejillas no eran mas que dos masas informes de carne livida, jaspeada de vetas azules, moradas, rojas, amarillas; de todos los colores de la muerte. La boca se habia contraido de una manera horrorosa, formando con los labios un hoyo del cual manaba, como de una sentina asquerosa y fetida, una agua negra á veces, á veces verdosa, las mas veces sanguinolenta. Los pies y las piernas estaban desnudas, y es imposible describir los infinitos colores que tenían: eran los colores de una carne primitivamente—Mancha, y ya en putrefacción.... Lo único que se conservaba intacto era el pecho: turgente, albo todavia; el pecho de una virgen, en el cual se veia, acaso por disposición de la providencia, un testimonio de la immaculada virtud de la víctima.... Los vestidos se hallaban pegados á trozos en el cuerpo: tal girón cubriendo parte de la disforme cabeza: cual otro la espalda: un refajo encarnado la cintura hasta las rodillas. Los cabellos yacian esparcidos sin orden, húmedos, pegajosos y salpicados de arena, por el rostro monstruoso; y sobre el cuello horriblemente hinchado y partido con una soga de esparto.... Esta soga fué empleada para sacar el cadáver del río, y nadie habia querido ó se habia atrevido á quitársela.

Hubo muchas dificultades para conducir este cadáver desde la playa al cementerio del pueblo cercano. Los mas querian que se enterrase allí entre la arena, como una piedra despreciable; y en realidad, menos que una piedra despreciable era aquel cuerpo, porque era la tabla rota de un naufragio.

Un hombre ebrio, cubierto de andrajos, y un mendigo inválido se decidieron por fin á trasportarlo, con la esperanza de ganar algunos cuartos abriendo el hoyo: el vicio y la mendicidad especulaban con la muerte del suicida... No vi la compasion en ningún rostro: la caridad en ningún pecho.... Los espectadores comentaban, cada cual á su manera, aquella muerte; y reparé que todos, unánimemente, la esplicaban con motivos torpes ó siniestros... La mayor parte de los hombres no conciben que se pueda morir por virtud, por necesidad ó por gusto. ¿Depende esto de que son dichosos? ¿ó de que son malos?... Depende de que son egoístas y cobardes. Fingen ignorar que á la muerte voluntaria conducen, por lo comun, las mas nobles pasiones (estraviadas si se quiere, pero dignas de commiseracion) y atribuyen á cobardia ó maldad el suicidio, para poder vivir con honores de valientes y virtuosos.

Por fin se decidió que podian hacerse las preces de la iglesia en favor del alma que habia animado aquel cuerpo, y que no habia inconveniente en echar á este encima la misma tierra que á todos en el lugar que á todos pertenece. ¡Habianse ofrecido dudas sobre esto!

Mientras el sacerdote rezaba por lo bajo y de prisa (habia mucho el cadáver) las sublimes oraciones que la religion católica ha consagrado á los muertos, unos pocos amigos de la difunta, que como únicos concurrentes asistian á su entierro, examinaban atentamente su cuerpo desfigurado, tapándose las narices.... A algunos se les ocurrió arrepentirse de hallarse allí; alguno hubo que al ver tal ó cual parte destrozada del cuerpo muerto, observó que cuando vivo debia haber sido bellisima: solo tres lloraban.... y uno de estos, para impedir la profanacion del cadáver, cubrió con sus propias copas el rostro deforme y el pecho desnudo de la infeliz.

Abierto el oyo se trató de bajarla á él; pero era poco menos que imposible esta operacion, por cuanto el cadáver se deshacia mas y mas á cada instante.

El hombre ebrio propuso volcar las andas desde lo alto de la sepultura; pero quiso ajustar antes su trabajo... ¿Quién me paga y cuanto se me paga? gritó;... y el mendigo inválido indicó el precio.... Concertados ó no de antemano entre sí para obtener por medio de una farsa mas dinero, ello es que aquellos dos miserables discordaron en este punto, vomitando el uno contra el otro denuestos é imprecaciones horribles que hacian herizar los cabellos.... Fué preciso calmarlos conviniendo en pagar el precio señalado por el hombre ebrio, que era el mayor.

Seguido el consejo, fué arrojado el cadáver á la sepultura desde lo alto del monton de tierra estraida de ella, y cayó dando un gran golpe que lo deshizo.... Por lo comun vemos descender los muertos á la huesa decentemente vestidos, y con cierta compostura y solemnidad. Colocanse sus manos cruzadas sobre el pecho en la actitud del ruego y de la oracion, cual si implorasen la misericordia divina: sus ojos abiertos aun, si bien fijos y vidriosos, miran al cielo.... El cadáver de la pobre muger, con la caída quedó desnudo, espuesto á las miradas desvergonzadas de aquellos hombres sin alma... Y cayó con el rostro hácia la tierra; y sus brazos abiertos en opuestas direcciones la abrazaron cual si lucharan con ella.... Tal estaba que me imaginé verla en el fondo del rio mordiendo

furiosa la arena, y pugnando en su agonía por desprenderse del peso de las aguas para hallar aire y luz... Sus ojos ya no miraban al cielo ni á la tierra... ¡no tenia ojos!

¡Justicia de Dios, justicia de Dios! ¿por qué tal vida, por qué tal muerte al inocente?

Así dije en un raptó de dolor; pero despues he pensado que la providencia ha dado en aquella muerte grandes y espléndidos testimonios de su justicia.

No basta vivir como buenos: es preciso morir inocentes. Muévanse las manos del hombre para conservar la vida del hombre, no para quitársela.

El dolor es sagrado.... Purifiquese el hombre por él, y no perezca á sus manos.

Respete el hombre la obra de Dios y la semejanza de Dios en su propio cuerpo y en su propia alma.

Piense que vivir es padecer, y padezca.... El dolor tiene sus deleites y su felicidad. La felicidad del dolor es la resignacion: el deleite del dolor son los sacrificios.

La muerte siempre llega pronto: está fuera y dentro de nosotros.... Espere el hombre á que llegue, porque esperar es ser valiente.... Salir al encuentro del peligro es quererle pasar pronto, es temerlo.

¡Justicia de Dios, justicia de Dios!.... Te vi en aquella sepultura.... en aquel cuerpo deforme.... en aquel olvido de todas... en aquellas vilezas... en aquella profunda miseria.... en aquella desolacion espantosa....

¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios!... Yo creo en tí.... Ten piedad de nosotros.

Y tú, pobre alma atormentada que escogiste para salir de la vida terrenal la puerta vedada, adonde, como al infierno, no se llega sino despues de haber perdido la esperanza; si desde el lugar en que Dios te ha colocado puedes volver la vista atrás y pensar en los que te amaron, piensa en mí y compadéceme, como yo pienso en tí y te envidio, sin tener valor para imitarte.

RAFAEL M. BARALT.

NOVELAS.

LA VIRGEN DEL VALLE.

(Continuación.)

Dos horas permaneció Margarita sola, y postrada sobre el húmedo suelo, cuando los pasos marcados de una persona llamaron su atencion, y la obligaron á levantar pensosamente su hermosa cabeza, que volvió á inclinarse desfallecida sobre su pecho, como cediendo á la inmensa carga de los penosos pensamientos que la abrumaban. Diró sus inciertas miradas en derredor suyo, y al ver adelantarse á su encuentro á un venerable sacerdote, le tendió su blanca mano, y sus labios se entreabrieron para dejar brillar en ellos una ligera sonrisa que vino á terminar en un suspiro.

—Señora, la dijo el buen anciano, enjugando sus ojos azules en los que resplandecía la pureza y la bondad de su corazon: inútiles han sido mis pesquisas. He recorrido

cuantas hospederías para caballeros hay en Toledo, y en ninguna me han dado razón del joven por quien preguntáis. Como mi carácter de sacerdote, aunque hoy día las desgracias me hayan reducido á pasar por el santero de esta ermita de la Virgen; y como mis canas me dan fácil entrada en la mayor parte de las casas principales de esta imperial ciudad, he recorrido uno por uno mis no pocos favorecedores y amigos, y aun me han hecho el obsequio de presentarme en el palacio arzobispal, adonde moran muchos de los señores de la corte, por tener acostamiento al lado de nuestro rey, que Dios guarde, el piadoso D. Felipe IV.



—Y allí me dijo que se hospedaba!

—Y sin embargo, no he sido mas feliz en mis averiguaciones. Y contad con que no olvidé ninguna de las señas por la que creísteis facilitarme su conocimiento. Ojos negros y rasgados, nariz aguileña, buen talle, noble fisonomía, maneras desembarazadas.

—Y bien; padre...

—Muchos encontré en quienes se notaban varias, pero ninguno que las reuniese todas; ni menos caballero de la orden de Alcántara.

—Si: el nombre será fingido, como lo fueron su amor y sus palabras!

—Por lo menos yo me atreví á preguntar á varios gentiles-hombres de la cámara del Rey, si conocían en cualquiera de las otras órdenes militares algun caballero con el nombre y apellido de D. Antonio de Herrera, y me contestaron que no solo no le conocían, pero que ni aun recordaban que hombre de notables prendas, y con semejante apellido, hubiera asistido nunca al rey D. Felipe, de quien eran servidores largos años hacia; y por consecuencia, amigos de cuantas personas de algun carácter le rodeaban.

—Gracias, padre mío, por la afanosa solicitud con que habeis desempañado mi última voluntad.

—Qué decís, señora?

—Que á los pies de ese pobre altar he adquirido confianza y fortaleza para llevar á término mi resolución,

por penosa que para mí sea. Si; mucho hubiera deseado darle un último adiós, y que oyese de mi boca un perdón, que le haría mas infeliz que mis maldiciones; porque le pondría de manifiesto y en parangón la ternura y nobleza de mi alma, y la crueldad y la infamia de su corazón fementido. Mas, la Virgen del Valle, esa imágen milagrosa que me abría sus brazos para recogerme en ellos, no me ha creído merecedora de tanta felicidad.

—Volved en vos, señora: esa virgen que en estos momentos de abandono se os figura que os velaba con su manto, tierna y amorosa, os acoge ahora que solo os vé infeliz; pero os arrojaría de sus plantas si os presentárais delante de ella siendo voluntariamente criminal. Seríais capaz de atentar contra vuestra vida?

—Lo que ella dure durarán mis tormentos!

—La religion los consuela, y los hace lisonjeros y amables, para el que solo vé en ellos un martirio que nos alcanza la felicidad.

—La religion no cabe en mi alma.

—La Virgen te abandona, hija del pecado. La religion no necesita otro altar que la fé. Cree en sus misterios grandiosos, y espera en tu Dios!

—Ah! padre, que no es fácil convencer á un corazón desengañado. La religion ha sido para mí durante veinte años el único pensamiento de alegría, de paz, de consuelo y de ventura. La religion me conducía al sepulcro de mis padres, y me aconsejaba la resignación y la esperanza, porque me prometía un asiento junto á su gloria; porque en mis sueños traía alrededor de mi lecho sus venerables sombras á bendecirme, y sentía yo su aliento pasar sobre mi boca y derramar en mi seno, fortaleza para sufrir su ausencia, y para seguir hasta el fin mi breve peregrinación por este mundo. Yo oraba porque creía en su misericordia; yo oprimía contra mi corazón el escapulario de la virgen, porque le suponía un talisman contra las penas que pudieran desgarrarle. Yo entonces amaba mi dolor porque le embellecía mi cando; porque la tranquilidad de mi inocencia me daba derecho á prometerme el fin de unos padecimientos, que yo no podía haber merecido por mis pecados!

Un hombre se presentó á mis ojos; unos de esos seres que parece que nos han acompañado en otros mundos anteriores, y de los que al alma queda un recuerdo precioso. Su voz hizo vibrar mi corazón como el huracan la hoja trémula del árbol. Su voz era tierna como la de la tórtola del valle; sus ojos dulces como la luz del crepúsculo de la mañana. Nos amamos; yo creía que mi ángel bueno no se apartaría de mí. Acudí á la tumba de mis padres á pedirles consejos; no oí ningun eco que me respondiera, sino los saltos de mi comprimido corazón que me gritaban sorda y violentamente: «Tú eres de D. Antonio.»

Acudí á implorar á la virgen de mi escapulario; habíame desprendido del cuello, por romperse una de sus cintas, y tan ocupada estaba en meditaciones amorosas, para mí desconocidas, que le colgué á la cabecera de mi lecho, dejando para el siguiente día el volver á colocarlo sobre mi seno. Mas ah! este momento no llegó, porque mi razón no tenía un momento de sosiego: las horas huían delante de mí como nubes impelidas por la tormenta; jamás se me figuró el tiempo bastante largo para pensar en D. Antonio.

Y bien, la distracción llegó á ser desvario, y este

rayó en locura, viniendo á parar la mia en tal extremo, que todo lo abandoné por seguirle!

—Infeliz! Qué ángel malo te aconsejó?

—Y por qué me abandonó el de mi guarda? Veinte años de inesperienza y de candor, eran armas para defendermé? Y me pedis creencia? En quién? En ese Dios que llenó mi corazón de tinieblas: en esa virgen que me dejó abandonada cuando podía haber sido el escudo de mi inocencia!

—El dolor te ofusca.

—.....No, padre mio; el dolor ha despejado mi entendimiento; la desgracia ha sido el fanal mortuorio que ha alumbrado mi alma. El amor era para mí una religion tambien. Yo creia en su grandeza y en su felicidad. La virtud me parecia el sol que alumbraba su templo; y no juzgaba dignas de rendir adoracion en sus altares sino á las almas grandes y generosas. Y todo ha sido mentira! La hermosura es la máscara del vicio; la santidad de las palabras es el medio de que se vale la seduccion: la tirania del amor es infame, puesto que solo elije para sus sacrificios la virtud y la inocencia! En nada tengo fé, porque de mi corazón han arrancado las creencias: nada espero porque la vergüenza y la deshonra serán el patrimonio de mi sencillez: no tengo deseo, porque mi frente manchada teme la luz del dia; y porque el unico que era el ímán de todos los míos, me abandona á mi desesperacion! Dejádme morir.

—Triste es tu historia; jóven hermosa y desvalida; grandes tus infortunios, pero tambien es inmensa la misericordia del cielo!

Calló el sacerdote conociendo que sus palabras podian exasperar aquel corazón herido de muerte, y se arrodilló, implorando en silencio la paz para aquella abandonada.

Corrian sus fervorosas lágrimas por sus sonrosadas mejillas, y venian á mezclarse entre sus trémulos labios con las preces religiosas que murmuraba en voz baja.

Margarita sintió una fuerza poderosa que la impelia á arrastrarse delante del altar: la humildad y el dolor de aquel hombre que lloraba por sus culpas, la venció, y la hizo creer en la santidad de su religion sublime. Arrodillada á su lado, exclamó:

—Sí, padre mio, bendecid á vuestra hija, escuchad la relacion de sus culpas; y en nombre de ese Dios que os inspira, perdonad esta humilde pecadora!

Terminada su confesion y tranquilizado algun tanto su espíritu, pasó la noche en aquella ermita, orando la mayor parte de las horas ó refiriendo los pormenores de su fuga.—Ah! exclamó! Sin el deseo de volver á ver al hermano de mi madre, que con tanta generosidad habia cuidado de remitir fondos á las religiosas, para que no desatendiesen mi educacion: sin el ansia que tenia de estrechar entre mis brazos al tío querido á quien suponía muerto en la última campaña de Flandes, acaso el amor no me hubiera hecho abandonar el tranquilo asilo donde se deslizaron las serenas horas de mi vida! Me amenazó el ingrato con abandonarme; es decir, con despedazar mi corazón sino le seguia: protestó por su nobleza; me hizo mil juramentos sobre su respeto, y me aseguró de su lealtad y de su cariño, por esta ermita de la Virgen del Valle, donde nos hallamos, y la cual se divisaba desde las verjas de mi monasterio!

Seguile confiada; aunque empezaron mis recelos al

verle parar su caballo delante de una granja solitaria, escondida entre las arboledas de los bosques de Aranjuez. Pregunté la ocasion de haber cambiado de rumbo, y me contestó arrojándose á mis plantas. Suspiró en vano, pero agotado su rendimiento fingido se atrevió á mi decoro. Luchó mi honestidad contra su desenfreno; oprimió mis brazos con sus manos de hierro; el dolor y el espanto me anonadaron. Dios fué piadoso, y por lo menos me privó del conocimiento para que no advirtiese mi deshonra. El pérfido la terminó con una infancia. Me prometió riquezas y grandeza, el aumento de mis deudos, la fortuna de mis amigos, y se despidió hasta el nuevo dia: el despecho me hizo intentar todo, y me arriesgué á descotarme por una ventana próxima al suelo. Yo huía de aquel hombre porque le aborrecia; porque habia intentado poner precio á mi humillacion, porque aun le creia indigno de mí. Sin embargo, pensando en la mancha de mi nombre, permanecia en el umbral de la puerta, cuando un caballero se presentó con una esquila. Asegurándole que yo servia á la persona que buscaba, pues la carta venia dirigida á mi nombre, me la entregó y un joyuelo de ámbur. El papel se cayó de mis manos. Aquel hombre estaba casado y no se atrevia á declarar su apellido: pero dentro de la joya de ámbur me enviaba para recuerdo su retrato, y me aseguraba que velaria por mi felicidad.

GREGORIO ROMERO LARRASAGA.

CRONICA.

*. El sábado 18 del corriente tuvimos el gusto de asistir en el teatro de Variedades á la representación de la comedia en tres actos titulada *Hasta los muertos conspiran*, original del Sr. Don Alejandro Mayoli y Enderiz. El corto espacio que podemos dedicar al examen de las composiciones que se ponen en escena, nos impide entrar en una detallado respecto al mérito literario de esta comedia. El resultado debió satisfacer al señor Mayoli, pues á pesar de la desigual ejecución, el autor fué llamado á las tablas con justicia. Bien sostenido el interés en toda la comedia tiene un desenlace natural. El lenguaje es puro y correcto; la versificación fluida y armoniosa. Al final de la comedia notamos sin embargo que el señor Mayoli echó mano de un recurso á que no ha menester en nuestro juicio, Arrancar aplausos del público con exaltaciones populares; quédese en buen hora para imaginaciones estériles, no para personas que como el señor Mayoli, tiene tantos recursos en la suya. Los papeles fueron bien desempeñados por parte de los señores Alba y Garcia. El señor Serrano ni comprendió siquiera el suyo; la entonacion monótona de este autor, en quien no obstante reconocemos buenas facultades, si supiera sacar partido de ellas, bara frito y cansado cuanto salga de sus labios, sin corregir este gravísimo defecto. Las señoras Moran y Rosó estuvieron bastante bien diciéndole sus respectivos papeles y el público salió complacido.

*. *Chá dura vince*, ópera semiseria de Ricci; esta graciosa produccion estrenada la noche del miércoles en el teatro del Circo, abunda en cantos nuevos y coros de bellísimo efecto: en ella se presentaron por primera vez la señorita Latorre y el señor Salas; la primera á pesar de la timidez que la dominaba demostró recomendables dotes para la escena y buena escuela de canto; el señor Salas estuvo imitabile y ambas recibieron repetidos aplausos. La ejecución en general fué buena.